



Homilía

Triduo en honor de Sta. Ángela de la Cruz

Jerez, Jueves 3 de Noviembre de 2011

Hermanos sacerdotes; Queridas Hermanas de la Cruz; amigos de esta casa y devotos/as de Sta. Ángela:

Un año más nos convoca Madre Angelita en torno al altar del Señor para celebrar el Triduo en su honor. Y como es de justicia, renovamos nuestra acción de gracias al Señor por habernos regalado tan gran don para nuestra Iglesia y para el mundo.

Hace dos días celebrábamos la fiesta de *Todos los Santos*, cuyo testimonio litúrgico nos confirmaba en el gozo de experimentar que Cristo está resucitado y que de su triunfo participan ya los que fueron asociados a su misión; la Palabra nos animaba con ese canto que –según el Apocalipsis- ahora entonan felices en el cielo y que para nosotros es también motivo de gozo y alegría: *“la Victoria final es de nuestros Dios”*.

Pues bien, hoy es Santa Ángela la que nos anima –contando también, ¡cómo no!, con el testimonio de todas vosotras- a poner toda nuestra confianza en el Señor. Ni qué decir tiene que ella nos habla de un Dios cercano. La fe es el encuentro con un Dios que como Buen Pastor nos busca para conducirnos a *“las fuentes de la vida”* mediante una relación de intimidad con Él, Principio y Fin de todo lo creado.

Santa Ángela nos llama hoy a dejarnos encontrar por Dios, a reconocerlo en el rostro de los pobres y a dialogar con Él por medio de la oración. Nos llama a la fe en el Dios de Jesucristo, que como nos muestra el Evangelio, es un Padre amoroso, rico en perdón y piedad, que en su Hijo ha derramado sobre nosotros todo el tesoro de su misericordia.

La vida de Santa Ángela –que ya participa también de la victoria de Cristo- y la sabiduría de sus enseñanzas, es un reclamo para todos nosotros a dejarnos seducir como ella por el Señor y poderla imitar en ese acompañamiento de Jesús, del que hizo el núcleo más importante de su vida espiritual

Crucificada con Cristo

El testimonio de su encuentro con el Señor nos lo ha dejado en sus *“Escritos íntimos”*, donde apreciamos la sabiduría de Madre Angelita en unas páginas asombrosas para una mujer con la cultura propia de una joven de clase humilde –incluso con faltas de ortografía- pero de una altura mística y con una identidad cristiana y eclesial admirable.

En ellos nos cuenta la experiencia espiritual que tuvo en una visión del Calvario con dos cruces, una frente a la otra y muy cerca ambas. En una estaba Jesús crucificado. Y se sintió llamada por Él –según revelaría más tarde- a crucificarse de modo semejante a Él en la otra,

«con unos deseos tan vivos y un ansia tan vehemente y un consuelo tan puro, que no me quedaba duda que era Dios quien me invitaba a subir a la Cruz».

De aquí arranca todo ese ímpetu de amor a Jesús y por Él a todos los “*crucificados*” de alguna forma en su vida personal -sobre todo pobres y enfermos, familias, huérfanas ...- que la llevó a plasmar su espíritu en una Institución que continúa y prolonga la caridad y la misericordia que ella fue sacando el “*misterio*” de la Cruz.

En la escuela del Espíritu

Podemos decir que Santa Ángela de la Cruz se educó en la escuela interior del Espíritu; de ella aprendió la divina sabiduría que hoy la levanta a los altares. Y en esa vida interior profunda, se topó con la suprema realidad del drama que atraviesa la condición y la historia humana; realidad que se alza por encima de todo, pero que viene iluminada como por un altísimo faro único: el Calvario y la Cruz.

Sor Ángela se asoció al misterio redentor y de la palabra “*muerte*” hizo la clave de la palabra “*vida*”; y del Calvario hizo fuente secreta para una vida de dedicación incondicional a los demás. En ella se cumple la palabra evangélica de que los Misterios del Reino, Dios los revela con facilidad a los sencillos; y en cambio, quedan ocultos a los que por el egoísmo y la autosuficiencia modelan su vida a tenor del orgullo y la soberbia.

Por tanto, la Santa nos llama a ser humildes, que es ser pobres y saberse necesitados del Señor. Nos llama a contemplar el amor de Nuestro Señor en la Cruz y a descubrir que la única forma para alcanzar la santidad cristiana pasa por la humillación del “*yo*” y la abnegación, la negación propia, ante cualquier obstáculo que nos impida amar al prójimo en la misma dimensión de Jesús.

Ahora podemos decirle al hombre moderno que se cree Dios, que la auténtica sabiduría y el verdadero camino para “*ser como Dios*” no es el de la soberbia; no es crecer para arriba, sino para abajo; lo revela la “*sabiduría de la Cruz*” que ha invertido la dirección de los caminos del mundo: lo que es “*bajar*”, a la luz del saber mundano, es “*subir*” a los ojos de Dios. Y “*subir y exaltarse a sí mismo*” es “*bajar*”, porque **«el que se humilla será exaltado, y el que se exalta será humillado»** (Lc 14,11).

De dos en dos

Contemplando lo que habría de ser su “*Compañía de Hermanas de la Cruz*”, pensaba en jóvenes desprendidas de todo lo terreno («*sin flores ni estampas ni ninguna clase de animalitos, para que en nada pueda pegarse el corazón*»), hasta de ellas mismas; sin nada terreno más que la ropa puesta y ésta de limosna; ocultas y desconocidas. Y sin ninguna apariencia que las haga especiales.

Soñaba con una comunidad de vida extraordinaria por su penitencia, obediencia y mortificación en todo. De oración continua a imitación de los ángeles, que bajan del cielo para aliviar a sus hermanos los hombres sólo cuando Dios se lo manda. Silenciosas por las calles. Lo único que debería distinguirlas es la modestia, compostura y dulzura con que habían de tratar a todos.

Tal proyecto –que ella acogió como la que encuentra un tesoro– se le descubrirá como la voluntad de Dios de crear un Instituto de “*víctimas*” del amor a los pobres que se quieran unir a Jesús en la Cruz por la salvación de sus hermanos más necesitados.

Redactó su proyecto de Compañía, con una dimensión caritativa y social a favor de los hambrientos, los que lloran, los enfermos... y con un impacto enorme en la Iglesia y en la sociedad de Sevilla, por su identificación con los menesterosos: «*Hacerse pobre con los pobres*». No hacer la caridad «*desde arriba*» sino ayudar a los pobres «*desde dentro*». Así lo escribía y lo vivía:

«La primera pobre, yo...». «Que no haya otro estado tan bajo, tan despreciable, tan humillante, al que yo no pertenezca».

“Muerte en vida la has trocado” (S. Juan de la Cruz)

La “*Regla de vida*” había de demostrar con el ejemplo que las ***Hermanas de la Cruz***, sólo por amor de Dios, son capaces de abrazar todo lo contrario a la complacencia natural de la persona y sin embargo, rebosar de vida y alegría. Han de reunir en una sola vida la penitencia de los Padres del

desierto con la caridad de san Vicente de Paúl; la contemplación y pobreza de la más oculta religiosa con la vida laboriosa de quien trabaja para aumentar el socorro de los pobres.

En definitiva, la vida y la obra de sor Ángela de la Cruz siguen haciendo realidad en el mundo las palabras de san Pablo: *«que la locura de Dios, es más sabia que la sabiduría de los hombres»* (1 Co 1,25). Y nos sigue invitando a fiarnos de Dios y sobre todo a pedirle el Espíritu Santo, que nos ayudará a hacer cosas aparentemente imposibles para los hombres, pero posibles con la gracia de Dios; esto es, poder morir por amor para así vivir en plenitud con Cristo Resucitado. Como bien afirmaba Juan Pablo II en la homilía de su Beatificación:

«La existencia austera de las Hermanas de la Cruz nace de su unión al misterio redentor de Jesucristo... y ello supone una gran reserva de fe para inmolarse sirviendo sin pasar factura, quitando importancia al sacrificio propio» Y añadió: *«Su ejemplo es una prueba permanente de la caridad que no pasa»*

Por último, queridos todos, desde el misterio del amor de Dios, manifestado en Cristo –muerto y resucitado- es como entendemos las palabras de Santa Ángela –expresadas con la gracia que la caracteriza- definiendo su obra:

«Cuando pregunten quiénes son las Hermanas de la Cruz, se debe contestar, sin que se expongan a equivocarse: esta comunidad es una comunidad de muertas».

En efecto, muertas al mundo y muertas a sí mismas, pero vivas, vivísimas, para adorar a Dios y para servir a los hombres. Que la Santa interceda por todos nosotros, para que participemos –en amor y en vocaciones- en la fecundidad de este misterio de muerte y resurrección. Así sea.

**+ José Mazuelos,
Obispo de Asidonia-Jerez**